

## La Presencia Materna en la Vida de Edith Stein

*The Maternal Presence in the Life of Edith Stein*



Este artículo hace parte del proyecto de investigación sobre «La autenticidad de la vocación en la filosofía de José Ortega y Gasset».

### **José Raúl Ramírez Valencia**

Doctor en Filosofía por la Universidad Pontificia Bolivariana. Licenciado en filosofía y ciencias religiosas. Miembro del Grupo de Investigación Humanitas de la Universidad Católica de Oriente.



ORCID: 0000-0002-8933-0676

Contacto: jramirez@uco.edu.co.

---

## Resumen

El artículo presenta algunos rasgos de la personalidad de Edith Stein a partir de la presencia de su familia en su itinerario existencial y vocacional. La reflexión se centra en la relación entre Edith y su madre y, sobre todo, analiza la personalidad de la señora Auguste y la influencia en la vida de Edith. El escrito también presenta sucintamente los rasgos de la personalidad de Edith forjados en el discernimiento vocacional y las reacciones de la familia al enterarse de la decisión de ingresar al monasterio de Colonia. La reflexión está inspirada y fundamentada en los escritos autobiográficos de Edith.

### Palabras clave

Edith Stein (1891-1942), familia, Auguste Courant, Else Stein, vocación.

---

---

## Abstract

This article shows some features of Edith Stein's personality beginning with her family presence in her existential and vocational itinerary. Reflecting and focusing on the relationship between Edith and her mother, but above all, it analyzes Mrs. Auguste's personality as well as her influence in Edith's life. It also shows briefly features of Edith's personality worked out in her vocational discernment and reactions of her family when they realized Edith's decision to join Cologne monastery. Reflections inspired and grounded in Edith's autobiographical writings.

### Key words

Edith Stein (1891-1942), family, Auguste Courant, Else Stein, vocation.

---

## Introducción

---

*Una voz que es llamada hacia nuestro más auténtico destino; en suma, la voz de la vocación, de la personal vocación. El yo auténtico de cada hombre es su vocación.*

José ORTEGA Y GASSET. Juan Luis Vives  
y su mundo

### Edith, una mujer singular

Edith Stein: judía, mártir y luchadora ferviente de los derechos de la mujer; humanista, pedagoga y enfermera; filósofa e intelectual; escritora, mística y monja carmelita. Todos estos títulos y atributos fueron suficientes para que el papa Juan Pablo II la canonizara y la declara copatrona de Europa el primero de octubre de 1999, al lado de figuras como san Benito de Nursia, santos Cirilo y Metodio, santa Catalina de Siena y santa Brígida de Suecia. Nació en la entonces ciudad prusiana de Breslavia (Wrocław, actualmente Polonia) el 12 de octubre de 1891, en el seno de una familia de origen judío. Durante su vida, sobre todo en el tiempo de persecución de la Segunda Guerra Mundial, siempre se identificó con su pueblo de una manera singular:

Yo hablaba con el Salvador y le decía que sabía que era su cruz la que ahora había sido puesta sobre el pueblo judío. La mayoría no lo com-

prenderían, pero aquellos que lo supieran, deberían cargarla libremente sobre sí en nombre de todos. Yo quería hacer esto. Él únicamente debía mostrarme cómo (Stein, 2002, p. 409).

Su talante y compromiso con su pueblo de origen la llevó a querer viajar a Roma a conversar con el papa Pío XI acerca de la situación de su pueblo, pero al constatar lo complicado de una audiencia con él, decidió escribirle una carta el 12 de abril de 1933. En ella le solicitaba su manifestación respecto a la persecución judía y las atrocidades del nazismo. Edith con este acto muestra su compromiso con la historia como intelectual católica y como mujer nacida de la estirpe de Abraham, aunque su carta no tuvo el eco que ella esperaba. Al respecto escribe: «Sé que mi carta fue entregada sellada al Santo Padre. Algún tiempo después recibí su bendición para mí y para mis familiares. Ninguna otra cosa se consiguió» (2002, p. 499).

Edith fue una estudiante brillante, tanto en el instituto como en la universidad, aunque también pasó por una profunda crisis estudiantil. En su etapa de colegiala, toma la decisión de suspender sus estudios, época en la que también se distancia de la fe y comienza a independizarse de la tutela de la madre y sus hermanos (Cfr. Stein, 2002, p. 257). Abandona la escuela argumentando que comenzaba a preocuparse por cuestiones relativas

de ver el mundo, a las cuales la escuela no respondía gran cosa. (Cfr. 2002, p. 258). En este año decide pasar un tiempo en Hamburgo con su hermana y su cuñado, ambos incrédulos, luego de un tiempo retoma de nuevo sus estudios.

En su formación como filósofa, se encuentra con pensadores como Scheler, Heidegger, Reinach, Theodor Lipps, Jacques Maritain, entre otros. Fue discípula de Husserl y asistente suya en Friburgo (1916-1918), experiencia que la condujo por las sendas de la fenomenología. El contacto con la filosofía, más que alejarla de la cuestión de Dios, la hace inquieta y aguda en los temas relacionados con la religión. En sus quehaceres académicos y búsquedas fenomenológicas se topa con Max Scheler en un curso que tuvo en el verano de 1914, de quien afirmó:

Tanto para mí como para muchos, la influencia de Scheler en aquellos años fue algo que rebasa los límites del campo estricto de la filosofía. Yo no sé en qué año volvió a la Iglesia católica. No debió ser mucho más tarde de por aquel entonces. En todo caso era la época en que se hallaba saturado de ideas católicas, haciendo propaganda de ellas con toda la brillantez de su espíritu y la fuerza de su palabra. Este fue mi primer contacto con este mundo completamente desconocido. No me condujo todavía a la fe, pero me abrió una esfera de «fenómenos» ante los cuales ya nunca podía pasar ciega (Stein, 2002, p. 366).

Edith fue católica conversa (1922) y luego monja carmelita (1933). Como intelectual y mística, comentó a santo Tomás, y a los místicos santa

Teresa de Ávila y san Juan de la Cruz. Como filósofa, pone a dialogar, con gran intuición, a Edmundo Husserl con santo Tomás. También tradujo del inglés al alemán el diario y las cartas del cardenal Newman. En fin, Edith Stein presenta tan diferentes perspectivas, que ha sido catalogada como una mujer de nuestro tiempo. Su pensamiento, su apertura al mundo y a la trascendencia llevó a Sancho Fermín (2002), con motivo del 60 aniversario de la liberación de Auschwitz, a afirmar: «Edith está convencida de que el marco de su pensamiento no puede ser comprendido desde una única etapa de su vida, sino que necesita de la amplitud de la evolución de todo el marco de su pensamiento» (p. 22). Ella no puede ser vista solo desde una faceta de su vida. Como amante de la verdad, todos sus títulos y menesteres expresan una búsqueda de claridad que se hace verdad a través de todas sus experiencias existenciales. Ella manifiesta este propósito, al respecto al enterarse de la muerte de su maestro Edmundo Husserl, escribió: «Dios es la verdad. Quien busca la verdad busca a Dios, sea de ello consciente o no» (2002, p. 1251).

Edith, junto con su hermana Rosa, que se había hecho oblata carmelita, son deportadas al campo de exterminio de Auschwitz en donde el 9 de agosto de 1942, son asesinadas en la cámara de gas. El año anterior dos de sus hermanos, Frieda y Paul junto con su esposa e hija, habían sido deportados al campo de concentración de Theresienstadt donde mueren también en el año de 1942. Mucha parte de su familia emigra a Estados Unidos, Colombia y otros países europeos.

## Edith vista por los cercanos

Conocer una persona a profundidad implica aprehender no solo lo que ella dice de sí misma, sino también los testimonios de las personas más cercanas. En el caso de Edith, tenemos diferentes testimonios que dan cuenta de la riqueza y la entereza de su personalidad. Sus escritos autobiográficos están cargados de detalles familiares, experiencias universitarias y decisiones personales; se percibe en ellos, la importancia que la familia tuvo en su formación y en su vocación de filósofa y carmelita. Según su hermana Erna, compañera de infancia y juventud, Edith «era una persona gentil, inteligente, dispuesta a ayudar a todos, ligada a su familia, extraordinariamente rápida de ingenio y muy cariñosa» (Cfr. Stein, 2002, p. 45).

Edith, con sutileza y agudeza a la vez, se describe a sí misma con estas palabras:

En los primeros años de mi vida era como un azogue, viva, siempre en movimiento, de genio chispeante, ocurrente, atrevida y entrometida. Además, indomable, voluntariosa y colérica, cuando algo me contrariaba. Mi hermana mayor, a la que yo quería mucho, había empleado inútilmente su juvenil saber pedagógico (2002, p. 204).

En este mismo texto, haciendo conscientes sus recuerdos, sus encuentros y desencuentros consigo misma escribe con acierto: «en mi interior había un mundo escondido» (2002, p. 205). «No pensaba en mi porvenir, pero seguía viviendo con la convicción de que se me había asignado algo grande» (2002, p. 265). El mun-

do escondido y la asignación de algo grande, fueron sus dos bastiones que la condujeron con toda transparencia y decisión intuitiva a buscar la verdad de Dios y de sí misma, paso a paso su riqueza interior se fue desvelando al transcurrir los acontecimientos.

Todos estos valores resaltan una persona dotada de cualidades humanas e inquieta intelectual y existencialmente. Cuenta, también en sus escritos, que en su familia la consideraban desde muy pequeña como una persona ambiciosa y lista. Estas características le dolían por dos razones: primero, porque pensaba que creían que era así; y segundo, porque desde niña comprendió que era más importante ser buena que ser lista (Cfr. 2002, p. 260). Edith, aunque no toda su vida fue una persona devotamente religiosa, siempre tuvo presente la importancia de la rectitud en sus relaciones y el cuidado del otro, como bien se evidencia en su experiencia como enfermera en la Primera Guerra Mundial.

Fue una enfermera buena y recursiva. Su sentido humanitario era tal que ayudaba a los enfermos en los detalles más sutiles, pero humanamente comprensibles. Una vez le ayudó a un hombre que no podía escribir a elaborar una carta para sus hermanas en italiano. En otra ocasión ve a una persona muy enferma fumando y aunque esto le era prohibido, al verlo se dice para sí: «No le quitaré ese consuelo de fumar» (Cfr. 2002, p. 431). Como enfermera deja huellas en muchas personas, tanto que uno de los doctores, refiriéndose a ella, dijo: «Lleva aquí solo dos semanas y ya se responsabiliza de setenta enfermos de tifus» (Stein, 2002, p. 430).

## Un apunte interesante

Colombia no es tan lejana a la vida de Edith, pues una de sus hermanas, Else, la mayor de la familia Stein, casada con el médico Max Gordon en Hamburgo, en tiempos de la persecución nazi, emigró junto con su esposo a Colombia. En el año 1954 muere en Bogotá (Stein, 2002, p. 178). Else es relevante en el itinerario existencial de Edith; era la hermana mayor y Edith la más pequeña, por lo que contó con su cuidado, su ternura y sus mimos. Else, según Edith, estaba bien dotada y había sido maestra. Era bonita e inteligente, siempre estaba rodeada de admiradores de ambos sexos (Cfr. Stein, 2002, p. 178).

Else junto con su esposo Max, eran fríos e indiferentes en cuestiones de fe, al casarse no quisieron nada de religioso en su boda. La cercanía entre las dos hermanas era tanta que cuando Else estuvo a punto de separarse, Edith fue a acompañarla. La buena relación y confianza prevalecieron, a pesar de la incredulidad acérrima de la pareja. Allí permanece diez meses y decide de nuevo retomar sus estudios. Quizás la crisis juvenil y la estancia con su hermana y cuñado influyeron en los diez años en que Edith comienza a identificarse con un humanismo sin referencia a Dios.

Otro aspecto importante que demuestra el aprecio y respeto entre las hermanas fue el momento en que Edith partió definitivamente al convento de Colonia. Else, junto con su hermana Rosa, la acompañaron a tomar el tren. El contraste de sentimientos se hizo evidente. Edith sintió esta realidad y la describió de la siguiente manera: «quedé sorprendida de la diferencia de ambas ca-

ras. Rosa estaba tan serena y tranquila como si se viniera conmigo a la paz del convento. El aspecto de Else se tornó súbitamente por el dolor como el de una anciana» (2002, p. 510). Else, incrédula, sin ningún amparo de la fe, Rosa, pensativa, pero abierta al camino de la fe, vivía aquella realidad con otro sentido, pues pensaba hacerse católica, «aunque hacía mucho tiempo pertenecía en su interior a la Iglesia» (2002, p. 502).

## Edith, una concedora de la mujer

Contar la historia de Edith sin hacer referencia justa a la madre es obviar la fuente de algunos de los aspectos marcados de su personalidad y de su talante al momento de enfrentar los desafíos de la vida. Muchos aspectos de la personalidad de Edith son forjados por el carácter de la madre. La personalidad de la madre era tan abrumadora y significativa que seguramente incidió en el compromiso intelectual y social de su hija. Edith también fue una educadora de la juventud femenina de su tiempo, estuvo como maestra en el Instituto y Escuela de Magisterio de las dominicas de Santa María Magdalena de Espira (1922-1931) y luego en el Instituto de Pedagogía Científica de Münster (1932).

Es importante señalar que la filósofa Edith, ya católica (1922), jugará un papel destacado en defensa de la mujer y hará parte de la Asociación de Profesoras Católicas de Baviera (1927). Algunos de los énfasis que profundizará en sus conferencias y cursos en cuanto a la mujer son: «Problema de la formación de la mujer» (1932); «El *ethos* de las profesiones femeninas» (1930); «Fundamentos de la formación feme-

nina» (1930); «Vocación de la mujer» (1931); «Vida cristiana femenina» (1932); «Vocación del hombre y la mujer según el orden de la gracia» (1931)<sup>1</sup>. Todo este acerbo intelectual-reflexivo de Edith con respecto a la mujer, sin duda es un reflejo real-experiencial del rol que jugó su madre en su formación enriquecida por el estudio del cristianismo.

Sánchez Alcaraz (2015), al describir la relación de Edith con la madre y la ausencia del padre, escribe con acierto:

No se encuentra en Edith Stein ninguna clase de comentario de tipo freudiano derivado de no tener la imagen paterna presente. Su madre, cosa atípica en su época, cuando enviuda y se queda con el negocio en ruinas y con todos sus hijos a cargo, sin volverse a casar, remonta ella sola el negocio y sale adelante con todo. Edith será abogada del feminismo de la complementariedad en el futuro y romperá roles preestablecidos por la tradición siendo abanderada del valor de lo femenino. Sin duda, el ejemplo de su madre es uno de los pilares de esta postura. Stein tiene la experiencia real de la valía del sexo femenino captando el valor de su propia madre (p. 138).

## El perfil de Auguste, madre de Edith

Courant era el apellido originario de la madre de Edith y fue la cuarta de quince hermanos.

---

<sup>1</sup> Para ampliar el tema sobre las conferencias sobre la mujer ver el artículo: Martínez F, María Eliana. (2010). Edith Stein y la formación de la mujer. *Cuadernos de Teología*, 2(1), 60-74. Pontificia Universidad Católica de Chile.

Auguste fue educada para trabajar con esmero y dedicación, valores que la acompañaron durante toda su vida. De niña disfrutaba haciendo competencias de punto con su hermana, habilidad que conservó en todos los momentos de su vida, sobre todo en sus angustias y soledades<sup>2</sup>. Fue una mujer movida y divertida, aprendió a tocar piano y, ya adulta, en las fiestas bailaba y se divertía con su familia. Fue vista como una mujer dinámica e inteligente.

Conocer la grandeza de Edith es encontrarnos con la especialidad de su madre. Edith para Auguste fue muy especial, fue el último legado de su esposo. En ella imprime un carácter especial y decisivo en su talante existencial. Algunas de sus decisiones vocacionales son fuente de tristeza y de alegría. Sin el temperamento, ni las convicciones religiosas y la entereza de su madre, Edith permanece inconclusa e incomprendida en su rica personalidad.

Auguste, aunque deja la escuela a los doce años para ayudar en la casa, continúa con clases de alemán y francés (Stein, 2002, p. 166). Sin duda alguna, el gusto por la literatura, las lenguas y todo el mundo académico le vino a Edith por influencia de su madre, quien siempre quiso y buscó que sus hijos estudiaran, aunque solo las dos últimas tuvieron la posibilidad de terminar sus estudios universitarios.

Auguste con cinco años, siendo judía, asistió a una escuela elemental católica; este aspecto sen-

---

<sup>2</sup> Hacer punto se relaciona con el tejido de hilo que se realiza con dos largas agujas.

cillo expresa un mínimo de encuentro con el catolicismo. Cuenta la madre de Edith que en su familia se les había inculcado siempre el respeto a todas las religiones y jamás debía decir algo contra una religión distinta (Stein, 2002, p.166). Esto demuestra el gran respeto que tuvo por todas las confesiones religiosas, incluso la católica, a pesar del hondo sufrimiento que sintió cuando Edith le contó que se había convertido al catolicismo. Es significativo el reclamo que le hace Auguste a Edith el último día antes de partir para el convento de Colonia después de haber pasado juntas la fiesta de los tabernáculos:

—¿No era hermosa la homilía?

—Sí.

—Por lo tanto, ¿también como judío se puede ser piadoso?

—Ciertamente, cuando no se conoce otra cosa—. En aquel momento se volvió hacia mí exasperada: —¿Entonces por qué la has conocido tú? No quiero decir nada contra él. Puede que haya sido un hombre bueno. Pero, ¿por qué se ha hecho Dios? (Stein, 2002, p. 509).

Una cualidad relevante en la personalidad de la madre de Edith era el amor por su familia, aspecto que denota que Edith estuvo rodeada de un ambiente familiar y amable. En las vacaciones, Edith y algunas de sus hermanas solían ir a casa de los abuelos maternos y compartían con varios de sus tíos; con todos ellos mantenía una buena relación. Esto manifiesta la importancia de la familia extensa para la pequeña Edith. Aunque fueron muchos valores los que Edith

admiró de su madre, resalta ante todo el amor a sus hermanos (Stein, 2002, p. 169). Siempre reinó en la familia Stein un ambiente de armonía y comprensión. Edith siempre fue apreciada y valorada en su familia.

## La madre y el padre de Edith

El padre de Edith muere el 10 de junio de 1893 a causa de una insolación a los cuarenta y ocho años. Para la señora Auguste la pérdida temprana de su esposo fue un momento doloroso e inspirador a la vez, pues al encontrarse con siete hijos y la menor aún no había cumplido sus dos años se convirtió en un compromiso tanto consigo misma como con su familia. Era ella sola la responsable tanto de educar como de velar por el sostenimiento económico del hogar. Es importante enfatizar que, para la madre de Edith, su esposo siempre fue una compañía permanente e inspiradora en la educación de sus hijos; lo tuvo presente a pesar de su muerte-ausencia a lo largo de su vida.

Recuerda Edith que desde pequeños iban a la sinagoga para la celebración de los difuntos y que tanto en el día como en la noche lucían en casa dos grandes y gruesos cirios en recuerdo de nuestros difuntos (Stein, 2002, p. 202). Y en otra parte recuerda que aún con el paso del tiempo cuando acompaña a su madre a visitar la tumba de su esposo se percibe que todavía no se ha apagado la tristeza. El amor y respeto de Auguste por su esposo era tanto que después de que enviudó siempre portó vestidos negros (Stein, 2002, p. 175). Esta relación de Auguste con su esposo, incluso después de su muerte, no cabe duda de que marcó la vida de Edith, pues uno de los aspectos

que más le impresionaron y la movieron hacia el cristianismo fue la serenidad con que la viuda del filósofo Adolf Reinach asume la muerte de su esposo gracias a su experiencia de fe.

El coraje y la decisión de Auguste son muy significativos. Al morir su esposo, sus hermanos le insinuaron que vendiera el negocio y alquilara una casa y que ellos le ayudarían en el sustento; no acepta, su propósito era salir adelante por sí misma con sus siete hijos, quiere mantener el negocio y hacerlo prosperar. Es tan hábil y dedicada a su negocio que la misma Edith se admiraba de que sin haber estudiado contabilidad llevaba los libros con gran orden y destreza (Cfr. Stein, 2002, p. 177).

La madre de Edith tenía nueve años cuando conoció al que iba a ser su esposo. Luego de una relación a través de cartas, se casa con él a los 21 años. Aunque en los escritos poco se menciona la relación como esposos, por la fidelidad y los recuerdos que Auguste tuvo con respecto a su esposo, se supone que fue un matrimonio feliz. La personalidad de Auguste, disciplinada y sensata, propició la confianza de su suegra; fue tan apreciada que con libertad podía manifestar sus discrepancias.

Esta anécdota da razón de su influencia en la familia de sus suegros, cuando su cuñado Leo quiso ser actor, no fue bien visto por su madre, incluso lo catalogó de vergüenza familiar. Auguste lo acoge en su casa y, al ver el entusiasmo y el interés con que se levantaba en las noches a declamar sus poemas, se convierte en mediadora entre él y la madre. Más tarde, Leo será conocido como comediógrafo y director de teatro (Stein,

2002, p. 173). Este aspecto denota en la madre de Edith sensibilidad y respeto por la vocación de cada persona. Así mismo, aunque con dolor y aun no estando de acuerdo con la decisión de ingresar al convento le respeta a Edith su decisión.

## Una madre comprensiva

Otra cualidad que se puede apreciar de la madre de Edith es la comprensión con respecto a la situación de sus hijos. Para ella «cada hijo encerraba un enigma especial» (Stein, 2002, p. 178). Por ejemplo, Frieda, hermana de Edith, se casó a disgusto con un viudo que tenía dos hijos, ella en su buena intención quería ser una madre para esos dos hijos (Stein, 2002, p. 183). Edith dispuso todos sus argumentos intelectuales y fraternales buscando disuadirla; fue en vano. A pesar de todo, se casó y rápidamente regresó a la casa materna con una hija de seis meses. En aquella época, el divorcio se consideraba una vergüenza, sin embargo, Frieda fue acogida como un pollito bajo las alas de una gallina quien los cobija y protege y con mayor amor buscó hacerle olvidar los tiempos difíciles (Cfr. Stein, 2002, p. 183). Así mismo la comprensión de Auguste también se aprecia con Else en el momento que tuvo su crisis matrimonial.

Tampoco se puede desconocer, según la misma Edith, que su madre fue una suegra exigente. Sus dos hermanos, Paul, un devorador de libros, quien trabajó en la banca, y Arno, colaborador en el negocio de maderas, se casaron no con un absoluto beneplácito de la madre. Paul tenía 21 años cuando enviuda Auguste. Paul, dado que su novia no contaba con el consentimiento de

su madre, siendo aún joven, decide mudarse a Berlín sin comunicárselo a su familia; solo días después regresa y se celebra la boda.

El otro hermano, Arno, se casa con una mujer amiga de la familia. Ambas eran mujeres distintas: la de Paul se pasaba recibiendo y dando clases de música, y la de Arno era alegre y bullosa, le gustaba estar de compras y fuera de la casa. En definitiva, lo que más le disgustaba a la señora Auguste de sus nueras era que no hubieran aprendido a guiar una casa ordenadamente (Cfr. Stein, 2002, p. 179). Estos aspectos muestran el talento y la personalidad férrea de una madre judía quien al enviudar asume el negocio de maderas y sigue formando a sus siete hijos, a quienes aún después de crecer, continúa incidiendo en la vida de cada uno de ellos.

## Edith, una buscadora de la verdad

Una de las características de la postmodernidad es la renuncia a la razón universal propuesta por la Ilustración donde la verdad queda atrapada por la interpretación del microrrelato dando origen así al pensamiento débil<sup>3</sup>. Este pensamiento postmoderno es una nueva mirada a la expresión del sofista Gorgias cuando afirma: «nada existe, en caso de que exista es inaprensible y en caso de ser cognoscible por el hombre, no puede ser comunicado ni explicado a otros» (Camps, 2017,

---

<sup>3</sup> El «post» de la postmodernidad, a juicio de Vattimo, antes que ser temporal es espacial. La postmodernidad no es un tiempo concreto ni de la historia ni del pensamiento, sino que es una condición humana determinada. (Cfr. Vásquez Rocca, 2011, p. 4).

p. 65-87). Lo que constituye una renuncia a la búsqueda de la verdad.

La joven Stein, a diferencia de estos pensadores, con su apertura intelectual testimonia que es posible acceder a la verdad y a la vez comunicarla, la persigue buscando armonizar su vida inquieta y rebelde. La señorita Stein, como la llamaba el maestro Husserl, con su agudeza mental, hizo actual el diálogo fe y razón, filosofía y teología, psicología y filosofía, pedagogía y filosofía. En ella se cumple la máxima agustiniana: «Busquemos como buscan los que aún no han encontrado y, encontremos como encuentran los que aún han de buscar», en síntesis, como afirmó Sancho Fermín (2007) en la fiesta de la Exaltación de la Cruz: «La buscadora de la Verdad dejará paso a la contempladora y servidora de la verdad» (p. 26).

Edith fue una buscadora permanente de la verdad. Abandonó, en un primer momento, la fe judía, hizo un paréntesis existencial y se sumergió con decisión e hidalguía en la filosofía para tratar de comprender el sentido de la existencia humana. Del ateísmo pasó a la fe católica y desde este nuevo escenario, como mujer intelectual, se comprometió con la formación de la mujer y las situaciones culturales del momento. A través del seguimiento de Jesús, con su experiencia y agudeza fenomenológica, se sumergió en la lectura de los místicos hasta encontrar no una mera razón intelectual sino una vivencia existencial-espiritual que hace que su espíritu se despliegue en la experiencia de la ciencia de la cruz. Este conjunto de experiencias y vivencias hacen que Edith, con su vida y sus escritos, tenga una palabra que decir al mundo y a la Iglesia de hoy. «Su capa-

cidad intelectual, su preparación universitaria y profesional, su dedicación a la enseñanza hicieron de ella una mujer que vivió los desafíos de la sociedad de su tiempo» (Maccise, 2002, p. 37).

En el tomo cinco de las obras completas, *Escritos espirituales*, Sancho Fermín (2004) resume, de una manera clara y exacta a la vez, lo que fue el pensamiento de la filósofa y monja carmelita. Allí muestra cómo el hombre asciende a lo infinito, al misterio y cómo, desde el ser humano, a través de la búsqueda de la verdad, se puede armonizar lo divino y lo humano que hay presente en cada persona. Al respecto escribe:

Edith Stein en sus reflexiones suele tener siempre dos puntos de partida opuestos pero complementarios, que se encuentran necesariamente en la comprensión de la verdad. Esos polos son: partir de lo alto, de Dios en su misterio; y partir de lo bajo: del ser finito, del hombre. Con preferencia, y ahí se denota su formación y espíritu filosófico-fenomenológico. Edith parte siempre de lo más bajo, de lo que tenemos al alcance de nuestra mano, de nuestra observación, de nuestra experiencia inmediata. El conocimiento del hombre le abre necesariamente al misterio, al más allá, haciéndole elevar la mirada hacia lo Alto, como lo único que puede dar respuesta a la verdad de su ser y existencia (p. 33).

## En el puerto de la voluntad divina

El hecho de que Edith, la pequeña de todos los hijos, mujer formada, además una filósofa que trasegó por los campos de la fenomenología, se convierta al cristianismo y decida ser monja car-

melita, no era fácil de asimilar para una mujer fiel y ferviente del judaísmo como su madre. La señora Auguste nunca esperaba que su hija de chispeante intelecto, fuera a terminar en el monasterio de Colonia. A pesar de todo, conocía que su hija era de decisiones libres y seguras. En otras ocasiones, no menos importantes, había mostrado reciedumbre en su personalidad como cuando suspendió sus clases porque estas no la satisfacían; su madre no se opuso a la decidida voluntad de su hija, a lo cual dijo: «No te forzaré —decía—, te dejé entrar en la escuela cuando tú quisiste, puedes dejarla ahora si tú quieres» (Cfr. Stein, 2002, p. 258). Edith aún sin tener la edad para ingresar a la escuela pidió como regalo de cumpleaños poder entrar, aunque no sabía leer ni escribir, deseo que se le concedió.

Más adelante, cuando estalla la Primera Guerra Mundial, al ver que sus compañeros estaban al frente, siente la necesidad de comprometerse con su pueblo alemán, suspende sus estudios de doctorado y se prepara como enfermera; su madre se opone, argumentado que arriesgaría su salud; Edith, con decidida determinación respondió: «Entonces tendré que hacerlo sin tu consentimiento» (2002, p. 416). Estos dos sucesos muestran la personalidad decidida y clara tanto de la madre como de la hija y, a la vez, dejan entrever la que podía ser la reacción de la madre y la postura de Edith al momento de ingresar al Carmelo.

Edith estaba tan convencida de su vocación y de su propósito que se sentía una extranjera en el mundo, quería ingresar lo más pronto posible al monasterio; pensaba para sí:

¿No será ya tiempo, por fin, de ir al Carmelo? Desde que en el verano de 1921 cayó en mis manos la “Vida” de nuestra Santa Madre Teresa y puso fin a mi larga búsqueda de la verdadera fe. Cuando recibí el bautismo el día del Año Nuevo de 1922, pensé que aquello era solo una preparación para la entrada en la Orden (2002, p. 500)

Pero le fue negada su petición en razón de su madre y a la actividad que desempeñaba desde hacía varios años en la vida como intelectual católica (Stein, 2020, p. 501). Igualmente, Rosa, su hermana, también quiso hacerse católica, pero retrasó su ingreso en atención a su madre que murió en el año 1936. La madre de Edith no comprendió su conversión, es más, la consideró una traición a su pueblo. Sus hijas conservaron siempre un gran respeto y amor por la madre y por su tradición judía.

Transcurría el año 1933 cuando Edith respondió al fondo insobornable de su vocación, claro para ella, no para su familia, pues:

Lo más importante en la vida de una persona no es la lucha del hombre con su entorno, sino la lucha del hombre con su vocación. Si desoímos la llamada de la vocación, caemos en la inautenticidad y falsificamos nuestra vida, haciendo otro tipo de actividades, pero no lo que tenemos que hacer (Ramírez Valencia, 2015, p. 41).

Edith, teniendo claro lo que tenía que hacer, para no falsificar su vocación y obedeciendo a su fondo insobornable, decide ingresar al monasterio; solo faltaba un paso; no el más fundamental,

tampoco el más sencillo: comunicarle su decisión a su madre y a su familia, entre los cuales se contaban indiferentes, incrédulos e inquietos con el cristianismo; era un momento *kairótico* en la vida de Edith, era su sí definitivo.

Este momento tuvo lugar exactamente en el tiempo en que fue a su casa a celebrar el cumpleaños, tiempo en que también se celebraba la fiesta de los tabernáculos de los judíos. Era una decisión no fácil de tomar, pensaba ella: «Debía dar el paso sumergida completamente en la oscuridad de la fe, nadie podía asegurarme: este o aquel es el camino recto» (2002, p. 508). Solo ella sabía de su búsqueda incesante de la verdad y de sus renunciaciones. El fondo insobornable de su vocación de hacerse monja carmelita se le presentaba problemático y abismático a la vez; problemático, pues las circunstancias no eran las mejores, su familia aún no comprendía su vocación; abismático, ya que era un mundo nuevo, solo podía dar el salto al convento sumergida en la realidad insondable de la fe.

Consciente de que entraba en la claridad y el abismo de la fe y que la verdad la había conducido hasta tomar esta decisión, se encontró a solas con su madre. Era un domingo de septiembre, no un domingo común y corriente. Agosto, como de costumbre, tejía punto en momentos de angustia y zozobra; en este escenario, tenso, por cierto, vino la pregunta tan esperada:

¿Qué es lo que vas a hacer en las monjas de Colonia? Vivir con ellas. Siguió una resistencia desesperada. Su ovillo se enredó, tratando con sus manos temblorosas de

ponerlo nuevamente en orden [...] Desde aquel momento se perdió la paz. Un peso oprimió toda la casa. De vez en cuando mi madre me dirigía un nuevo ataque al que seguía una nueva desesperación en silencio (2002, p. 506-507).

Este paso decisivo y definitivo en la vida de Edith no era fácil para la ninguna de las dos; era el encuentro de dos mujeres: la mamá y la hija; dos tradiciones: la judía y la católica; pero todo dentro del escenario de la fe y la verdad.

Así como su nacimiento fue un 12 de octubre, día memorable para la familia Stein, así mismo fue un 12 de octubre el último día que Edith pasó con su familia antes de dirigirse al monasterio definitivamente. Ese día, uno de contrastes, alegría por el cumpleaños de Edith y a la vez de tristeza y tensión por la partida al monasterio. Ese día, o más bien ese definitivo e idílico día, Edith acompañó a su madre a una celebración judía. De regreso, respirando un ambiente tenso, Edith le dice a su madre: «La primera temporada es solo de prueba; a lo que respondió su madre: cuando te propones tú una prueba, bien sé yo que la superas» (2002, p. 508). La señora Auguste era consciente de que su hija se iba definitivamente y que su decidida determinación ya era un hecho irreversible.

El romper con su madre, aunque Edith haya sido una mujer independiente y segura, no fue fácil. La noche anterior a la partida hacia el monasterio fue el encuentro más humano y más triste a la vez, dos personalidades férreas, dos visiones de la fe, dos horizontes que al final se fusionan

en la intercesión de la madre por su hija; Edith caminaba hacia el puerto de la voluntad divina, voluntad que solo Edith experimentaba y avizoraba, pero que su madre aún no podía comprender ni aceptar desde sus categorías judías. Esa noche quedaron ambas solas, solo el silencio y la profundidad de la fe abriga aquellas dos mujeres de personalidades similares y decididas. En ese mismo instante, abatida por el sufrimiento, la señora Auguste reaccionó de la siguiente manera:

De pronto echó ambas manos a su rostro y comenzó a llorar. Me puse detrás de su silla y estreché fuertemente su cabeza plateada sobre mi pecho. Así permaneció largo rato hasta que se la convenció para que se marchara a la cama, la llevé hasta arriba y la ayudé a desnudarse, la primera vez en la vida. Me senté después en su cama hasta que me mandó a dormir. Ninguna de las dos pudimos conciliar el sueño aquella noche (Stein, 2002, p. 509).

¿No sería también esta una noche oscura al estilo de las que habla san Juan de la Cruz? «El eterno te asista», fueron las palabras con que Auguste, madre judía de corazón y de convicción, despidió a su hija después de abrazarla y besarla con el mayor cariño antes de que ingresara al Carmelo de Colonia. Según Edith, «en aquel momento no hubo explosión de alegría al exterior, pues era terrible lo que quedaba atrás de mí. Pero estaba profundamente tranquila, en el puerto de la voluntad divina» (2002, p. 510).

El 14 de septiembre de 1936 muere su madre, la hora coincide con la renovación de sus votos. (Sancho Fermín, 2002, p. 61). Cuando corrían

algunos rumores sin fundamento por consolar o confundir a Edith de la posible conversión de su madre al cristianismo, Edith le escribe a la hermana Calista Kopf, quien le había enviado una carta de condolencia por la muerte de su madre y por su posible conversión, a lo cual ella deja muy claro su postura:

Hasta el final, mi madre se ha mantenido fiel a su fe. Ahora bien, dado que su fe y la firme confianza en su Dios se han mantenido en pie desde la más tierna infancia hasta los 87 años; y dado que fue la última cosa que siguió viva en ella en su dura lucha con la muerte, por eso tengo la confianza de que habrá encontrado un juez benévolo y que ahora es mi más fiel intercesora, para que también yo alcance la meta (2002, p. 1185).

Seguro que también el eterno asistió a la señora Auguste, como siempre acompañó también a Edith, ambas en diferentes confesiones religiosas, pero cada una intercediendo la una por la otra; seguro en la fusión de horizontes provenientes de la fe de Abraham, se encontraron con el eterno que las bendijo y las acompañó en el trasegar de la vida.

## Referencias bibliográficas

---

- Camps, V. (2017). *Breve historia de la ética*. Editorial RBA.
- Maccise, C. (2002). Prólogo. *Obras Completas I, Escritos autobiográficos y Cartas*. Ediciones El Carmen-Espiritualidad-Monte Carmelo.
- Martínez, M. (2010) Edith Stein y la formación de la mujer. *Cuadernos de teología*, 2(1), 60-74. Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Ortega y Gasset, J. (2004). *Obras completas: 1943/1948* (Vol. 9) Madrid: Fundación José Ortega y Gasset; Taurus.
- Ramírez Valencia, J. (2015). *La autenticidad de la vocación en la filosofía de Ortega y Gasset: La más alta posibilidad del ser humano*. Rionegro: Fondo Editorial Universidad Católica de Oriente.
- Sánchez Alcaraz, M. (2015). La autoafirmación de Edith Stein: buscando una piedra angular. *Scripta Fulgentina*, (49-50), 133-176.
-

- 
- Stein, E. y Sancho, F. (2002). En el 60 aniversario de la liberación de Auschwitz. *Obras Completas II, Escritos autobiográficos y Cartas*. Ediciones El Carmen-Espiritualidad-Monte Carmelo.
- Stein, E. y Sancho, F. (2004). Fiesta de la natividad de la Virgen Madre. *Obras Completas V, Escritos autobiográficos y Cartas*. Ediciones El Carmen-Espiritualidad-Monte Carmelo.
- Stein, E. (2002) Carta a Adelgundis Jaegerschmid, 23 de marzo de 1938. *Obras Completas I, Escritos autobiográficos y Cartas*. Ediciones El Carmen-Espiritualidad-Monte Carmelo.
- Stein, E. (2002). Carta a Calista Kopf, 4 de octubre de 1936. *Obras Completas I, Escritos autobiográficos y Cartas*. Ediciones El Carmen-Espiritualidad-Monte Carmelo.
- Stein, E. (2002). *Obras Completas I, Escritos autobiográficos y Cartas*. Ediciones El Carmen-Espiritualidad-Monte Carmelo.
- Stein, E. y Sancho Fermín. (2007) Fiesta de la Exaltación de la Cruz. *Obras Completas III, Escritos autobiográficos y Cartas*. Ediciones El Carmen-Espiritualidad-Monte Carmelo.
- Vásquez Rocca, A. (2011) La postmodernidad. Nuevo régimen de verdad, violencia metafísica y fin de los metarrelatos. *Nómadas. Critical Journal of Social and Juridical Sciences*, 29(1), 2-17. <https://www.redalyc.org/pdf/181/18118941015.pdf>.
-